



ELOGIO Y NOSTALGIA DE TOLEDO

No hemos pensado bastante—¡hay tantas cosas importantes en las que no pensamos!— en lo que significa un nombre, el nombre de las cosas. Al principio, nada; unas cuantas letras reunidas y colocadas sobre algo, sobre un ser vivo, sobre un objeto inanimado. Pero estas letras vacías se llenan después de la sustancia de aquello que representan.

Lo más fino, lo más entrañable del hombre, de la ciudad o de la cosa que se llaman así, se infiltran en su palabra nominativa, y el leerla o escucharla nos produce la misma emoción que la contemplación directa de lo designado. Mayor emoción aun que esa contemplación; porque el nombre es como el perfume de cada cosa, y, como el perfume, tiene un poder de evocación y de penetración en las capas profundas de la conciencia que a nada se podría comparar.

Y yo pregunto a los españoles si hay en las lenguas diversas de los hombres, uno solo que suscite en ellos una marea tan grande de cosas bellas, profundas y trascendentes como el nombre de Toledo.

Yo no era todavía toledano de adopción, sino sólo español, el día que lo supe. Hasta que un día hube de escribir a un amigo mío, que ya no existe y que habitaba ocasionalmente en la imperial ciudad. Toledo, tracé en el sobre, debajo del nombre de mi amigo. Y entonces fué cuando, de un modo súbito, como si al tocar un botón se descorriera una cortina y apareciese detrás la imagen entera y precisa de España, entonces fué cuando supe íntegramente que yo era español y lo que representa el serlo.

Porque decir Toledo no evoca una imagen apacible y abierta al mundo por la vía del mar, como el nombre de Cantabria; ni la opulencia de oro sobre fondo azul de las regiones levantinas; ni la gracia de los olivares, salpicados de cortijos blancos, de Andalucía; ni la bravura de Gredos, del Moncayo, del Pirineo, de las Alpujarras y de las otras serranías ibéricas; ni siquiera el mar de espigas o las estepas ásperas y melancólicas de Castilla. Nada de esto; pero es todo esto a la vez: el símbolo de todos los retazos pintorescos y gloriosos con que está urdida la gran capa tendida al sol que es la Península Ibérica. Eso es Toledo; y, por eso, es la suma de seis civilizaciones superpuestas; encrucijada inmortal de todas las culturas; puente insigne entre el Oriente y Occidente; albergue de todas las religiones, y Roma de España. En este nombre breve está todo el genio de los poetas y de los cronistas que labraron y pulieron nuestro idioma, y los tajos por donde corrió durante siglos y siglos la sangría de los ejércitos de todos los ideales y de todas las ambiciones. Pero Toledo significa todavía algo más. Como tantos otros nombres de ciudades de España, el suyo iba en las naos aventureras, prendido en el corazón de aquellos hombres sobrehumanos que solemos llamar los conquistadores y debiéramos decir los civilizadores; porque no descubrieron tierras para ganarlas, sino

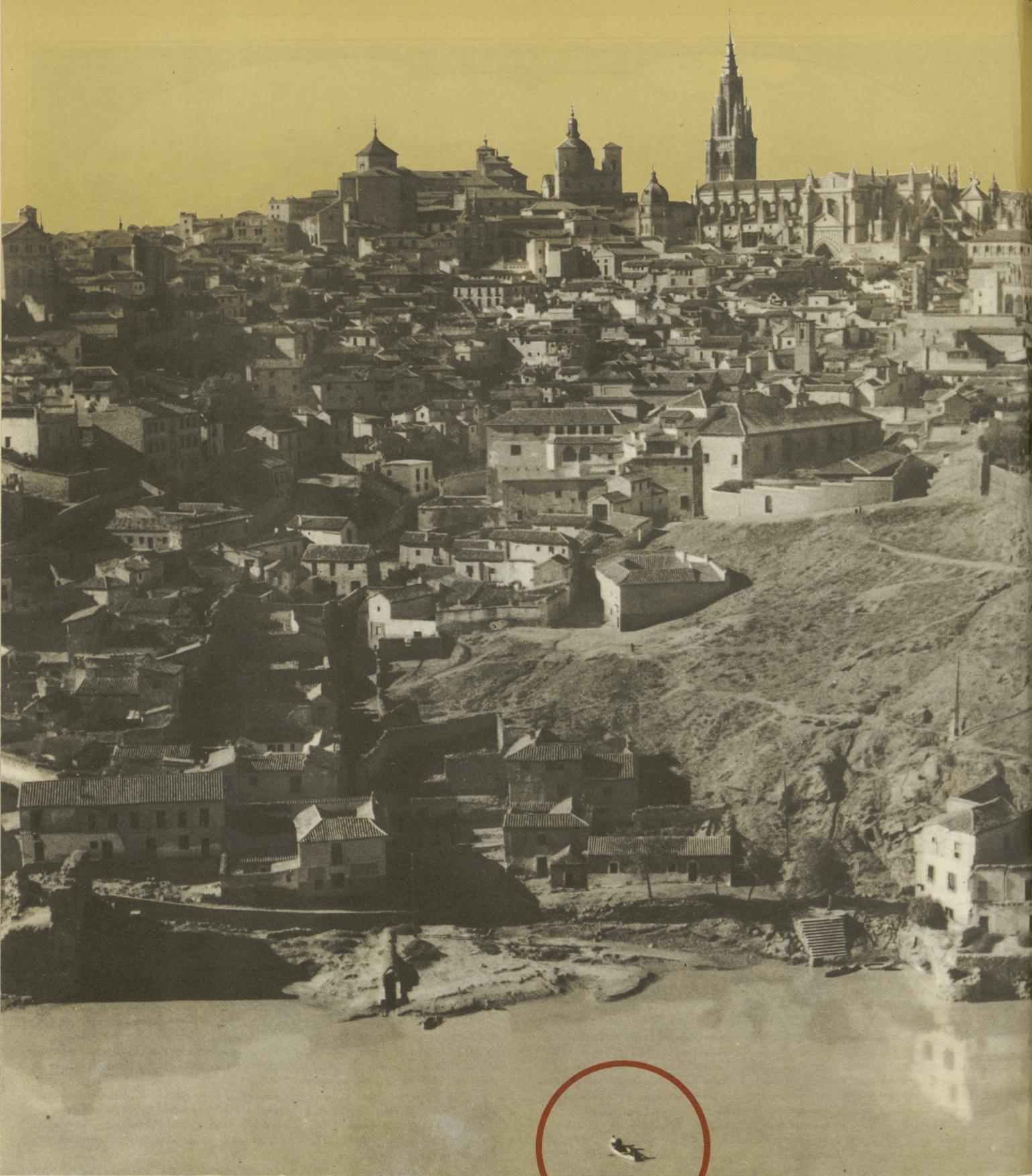
POR
G. MARAÑÓN

para llevar a ellas la luz; y por eso supieron perderlas con tanta naturalidad como las conquistaron; porque sabían que, después de iluminadas, lo de menos era ya dejárselas arrebatar. Y estos hombres dejaron en el Continente nuevo, entre las huellas perdurables de su paso, perdido en el camino, el nombre de su ciudad remota: Córdoba, Trujillo, Mérida, Cartagena, Santiago, Granada; y Toledo, varios Toledos, en el Norte y en el Sur.

Los vaivenes de la Historia nos fueron separando de estos países nuevos; y las ciudades de España olvidaron quizá que tenían, allá lejos, hijas suyas florecientes, que ostentaban su mismo nombre. Y acaso los cordobeses, los granadinos y los toledanos de América olvidaron también que se llamaban así porque en la Península lejana vivían, desde muchos siglos atrás, otros cordobeses y otros toledanos y granadinos, de donde fluye la sangre, cargada de solera, por sus venas juveniles. Ellos se incorporan, bajo sus nombres viejos, a las modernas estructuras de la vida. Nosotros también procuramos revestir de modernidad a nuestra transición multiseccular. Mas unos y otros no se dieron cuenta de que tenían una razón común de vivir y una inevitable semejanza de estilo en el hecho, en apariencia liviano, de tener, sobre su hogar, la misma advocación.

Hablemos, pues, de Toledo—historia pura y eterna— y de su río inmortal, que en trozos broncos y en etapas mansas lleva, a través de los siglos, un mensaje cristalino, de una a otra de las dos ciudades señeras de la Península: Toledo, la que mira salir el sol por el Oriente antiguo y sagrado, y Lisboa, la que le ve ponerse hacia el Occidente de las tierras nuevas, donde está la humanidad joven y la continuidad de la civilización.

La verdad es que si la brecha material que une al Mediterráneo con el Atlántico y es, por lo tanto, como el símbolo de las dos manos que se estrechan, una, la de la mar mediterránea, llena de gracia femenina, y otra, la del mar de los atlantes, temeroso y viril, está allá abajo en el estrecho de Gibraltar, en cambio, la llave espiritual que enlaza con ataduras más profundas y complejas que las materiales a las dos civilizaciones, está en ambas ciudades insignes y representativas, en Toledo y Lisboa. Toledo, anclada sobre peñascos rudos, en medio de la Castilla seca, es, sin embargo, más mediterránea que todas las ciudades de Grecia, de Italia y de nuestro litoral levantino. Cada una de estas ciudades, que viven sonriendo en las playas del mar azul, son una parte del alma inmensa y múltiple que dió por vez primera dignidad superior a la raza de los hombres y que aun hoy sigue siendo su faro mejor. Pero Toledo, lejos del mar, es como la suma y representación de todas ellas.



Toledo no es, como se dice, una ciudad castellana; o, si se quiere, lo es sólo a medias. Castellanas puras son Avila y Segovia, Burgos y León. Lo que Toledo tiene de no castellano, de más que castellano, algo que a pesar de las torpes guías y de los prejuicios literarios perciben bien algunos espíritus de fina sensibilidad, es precisamente su orientalismo, su mediterraneidad.

La ciudad imperial es una encrucijada de corrientes raciales, redoma donde en el fuego lento de los siglos se han ido destilando las almas de las viejas civilizaciones; las que venían del Norte bárbaro, las del Africa ruda e impetuosa, las del místico y lejano Oriente; y, antes aun, las que ya estaban ahí, en la estepa ibérica, cuando vinieron las demás. Pero de todas

estas raíces, por las que circulan sus savias peculiares todavía, es, sin duda, la más fuerte la mediterránea. Toledo mira con lo más suyo de su alma, empujada sobre las rocas, hacia el Oriente. Y el paso del estrecho de Gibraltar que separa a los dos continentes es menos brusco, en la tierra y en las razas, que el simple viaje a Toledo desde Madrid. Entre el Manzanares con sus tierras serranas y la Sagra y su Tajo, la distancia espiritual es cien veces mayor que las breves leguas de camino real que los une.

MUNDO HISPANICO Diríase que pretendió atravesar España llevando hasta las otras orillas, las que en

tonces eran el Finisterre de lo conocido, la esencia de la mediterraneidad. Y que cansada, después de atravesar las sierras fragosas y las llanuras sin fin de Castilla, se reclinó en las colinas del Tajo y allí se quedó para siempre, como petrificada, clavada con cinco clavos inmortales, que son las cuatro agujas del Alcázar y la torre de la Catedral.

No alcanzó a ver las playas del Atlántico, pero su nostalgia corrió por el cauce del río y floreció allí donde éste desemboca, en la Lisboa insigne.

En Lisboa, el Oriente es ya como un eco lejano. Todo es en ella deseo de aventura, proyección hacia lo desconocido, espejismo de las Indias occidentales, misterios puros

aun inaccesibles a la sabiduría secular, promesa de las técnicas que han de matar a la meditación; y la meditación es la médula del alma mediterránea y oriental.

El Tajo es como la arteria que enlaza las dos civilizaciones y transmite de una a otra sus jadeos, sus desmayos y sus delirios. Alguien ha dicho que es Gredos la columna vertebral de España. El Tajo, entonces, es la gran aorta del cuerpo peninsular. El más español de nuestros ríos, porque es el más universal. Y he ahí por qué escribo esta tarde: para decir esto, rodeado, en el crepúsculo, del mundo inmenso de espíritus inmortales que pueblan las orillas del río y adquieren realidad milagrosa, todavía hoy, si se los sabe evocar.



En las páginas 12 y 13, reproducimos dos magníficas fotografías de la ciudad imperial de Toledo, por V. Salas.—En esta página, dos grabados antiguos del estuario del Tajo (Lisboa).

Los que hayan vivido cerca del Tajo, en Toledo, que es donde es más Tajo, donde madura y se carga de historia y de porvenir, han observado al caer la tarde un rumor sordo y complejo como el que ahora, mientras escribo, se eleva desde el cauce entrecortado de presas y se dilata por los campos vecinos, a veces hasta muchas leguas más allá. Es el mismo rumor que sube también desde el hondo del Darro hasta la Alhambra cuando anochece. Y de todos los ríos que arrastran, mezclado con el agua, el eco misterioso de los mitos.

Los ingenieros, hombres terribles, dicen que se oye al río porque se calla la ciudad, o bien porque se ponen en marcha los artificios de las presas. Pero la verdad es que ese ruido es un rumor extrahumano, un eco remoto de todo lo que sonó durante tantos siglos en las orillas que vieron pasar el amor y la muerte, hechos fuego o espanto vivos, y los dejaron presos para siempre allí. Por eso decía Cervantes que «la fama del río Tajo es tal que no la cierran límites ni la ignoran las más remotas gentes del mundo».

Muchas veces he pensado en una serie de itinerarios de España que pudieran escribirse para recreo del lector y para guía del viajero que conserve el espíritu intacto ante el contagio del turista. No sé si ese viajero existirá aún, porque todo lo noble sucumbe ante lo fácil. Y así como las técnicas matan al verdadero sabio y la fraternidad humana a la amistad, así también el turismo ha terminado con el viajero. Los coleccionistas de libros de viajes lo sabemos bien. El viajero termina en cuanto ya no es preciso ir a caballo a ninguna parte. Así, pues, mis itinerarios tal vez tuvieran un éxito mediano. Pero si aun quedan espíritus viajeros en el mundo, es seguro que en parte alguna de ningún continente encontrarán la fruición de recorrer, a lo largo de las serranías, de los desiertos, de las cuencas y de las vegas de España, la misma ruta del Cid y la de Almanzor; la de Carlos V, desde el Cantábrico hasta Yuste; la de los cristianos esclavizados, desde Córdoba hasta Asturias; la de las fundaciones

de Santa Teresa; la de Napoleón, desde Behovia a Chamartín; la de las locuras de Don Quijote, y tantas más. Cada una sería, no una lección de Historia, sino una resurrección de nosotros mismos. Y entre todas ellas la más evocadora y la más profunda sería seguir el cauce del Tajo desde Toledo hasta el mar de Portugal.

Toda España, la pasada y la viva, la de ahora y la de lo futuro, está en ese viaje que sólo pueden hacer los verdaderos viajeros, los que, como las golondrinas y las cigüeñas, no saben exactamente dónde van y por eso van a todas partes; no los turistas, los del horario fijo y el Parador; los que llegan exactamente a cada sitio y no van a parte alguna.

No importa. Las dos ciudades, que son dos almas, no necesitan, para estar encadenadas, de otro lazo que el agua fecunda de su río común. Cuando llega a la gran ciudad occidental, ya no corre oprimido entre despeñaderos, sino que se tiende en anchos brazos sosegados para servir de espejo a Lisboa, la que cantó Cervantes: la «de las selvas movibles de árboles que los de sus naves forman»; la ciudad en la que «la hermosura de las mujeres admira y enamora».

Y decía verdad. Una portuguesa fué el único amor del titán de Europa, Carlos V; y desde los balcones del Alcázar, en Toledo, miraba correr con envidia sus ondas hacia el mar. Por el cauce del Tajo bajaron también las quejas de Garcilaso cuando soñaba con otra portuguesa: Doña Isabel de Freyre; y las de Villamediana, enamorado de Doña Francisca de Távora, portuguesa también.

Este rumor de agua y suspiros es el que llegó hasta el oído de Camoens cuando, una tarde, paseando a la orilla del río, murmuró: «Cuan ben que sea o verso castelhana!»

Aquí, en Toledo, también. La voz del río se dilata por la noche profunda. Callemos para mejor soñar.

DR. GREGORIO MARAÑÓN
(DE LAS REALES ACADEMIAS DE
LA LENGUA Y DE LA HISTORIA).

(FOTOS DE TOLEDO DE V. SALAS)

